

“¿Para qué queremos hombres?”

Comedia de costumbres en 3 actos

PERSONAJES

JULIA... No menos de 45 años, pero no anciana

MARINA... La hija de la anterior, sobre 20 años

JACINTA... Mediana edad, más de 40

ROSA... También en torno a los 40 años

CARMELA... El ama del cura, no menos de 50 años

COLASA... Como la anterior, más de 50 años

MATILDE... Hermana de la anterior, mayor que ella

LUPE... La de la centralita, no importa su edad

SARA... Joven urbana, alrededor de 30 años

JUANA... Como la anterior, en torno a los 30 años

Las edades son aproximativas, probablemente muchos de los papeles puedan adecuarse a otra edades, exceptuando el de MARINA, que ha de ser una chica en edad de casarse.

La época, indefinida, pero en todo caso no en una época muy actual. La obra se desarrolla en la Asturias rural, pero es extrapolable a cualquier otro lugar con pequeños cambios.

ACTO PRIMERO

Una grupo de casas de una aldea, un par de casas, una a cada lado. Fondo, el pueblo. Ambientada en Asturias, pero trasladable cambiando los nombres de los lugares a cualquier entorno rural.

JULIA.- *(Mujer mayor, la madre de MARINA. Hablan delante de casa mientras atan unas cebollas de la cosecha. El resto de las mujeres que aparecen pueden tener diversas edades)* Marina, no es por nada, pero llevas media hora atando esa cebolla. Y del mal, esta la estás atando a otra cebolla, no como la última, que la estabas atando a la pata de la silla. ¿Se puede saber qué te pasa?

MARINA.- ¿Qué me va a pasar, madre? Que de hoy en quince días me caso, y estoy de los nervios.

JULIA.- ¡No valéis para nada! ¿Nervios? El que tenía que estar nervioso es él.

MARINA.- También lo está. Hace tres días lo mandó su madre que fuese a ordeñar las vacas y a echarles maíz a las gallinas, y, cuando pasaron dos horas, el padre fue a buscarlo, y estaba en la cuadra echándoles maíz a las vacas.

JULIA.- ¿Estuvo dos horas echándoles maíz a las vacas?

MARINA.- ¡No, las dos horas las estuvo intentando ordeñar a las gallinas!

JULIA.- En mis tiempos no pasaba esto. Yo, el día antes de casarme, estaba como si no fuera conmigo la cosa.

MARINA.- ¿Y padre?

JULIA.- Tu padre no se sabía como estaba, porque había cogido una borrachera que casi le duraba cuando nos estaba casando el cura. Con decirte que tardó más de un minuto en acertar con el anillo en el dedo, porque decía que no sabía en cuál de los diez dedos tenía que ponerlo.

MARINA.- ¿Le enseñó las dos manos?

JULIA.- No hija, estaba enseñándole una mano solamente.

MARINA.- No se burle de mi, madre.

JULIA.- Es para ver si así te animo, mujer. Anda, vamos a dejar las cebollas para otro momento, porque vas a acabar atándolas con una de tus piernas. Ve a ver si ves a tu padre, que desde que se ha ido al huerto no sé de él, y ya me extraña que no haya venido a merendar.

- MARINA.-** Voy. (*A la que sale tropieza con JACINTA, otra mujer entrada en años*)
Hola, señora Jacinta. ¿Qué? ¿Dando un paseíto?
- JACINTA.-** ¿Un paseíto? Calla, ¿eh? Vengo de una mala leche.
- MARINA.-** La dejo con mi madre. Hasta luego. (*Se va*)
- JULIA.-** ¿Qué te pasa, Jacinta? ¿Ya ha vuelto Ramón a pescarla?
- JACINTA.-** Más le vale que no, porque entonces sí que lo descalabro en cuento lo vea.
Mujer, marchó a les tres de la tarde a hacer un recado, y aún no ha vuelto.
- JULIA.-** Habrá parado en la taberna.
- JACINTA.-** Ya he buscado en todas las tabernas, y no está en ninguna.
- JULIA.-** ¿Y no has preguntado? Igual alguien lo ha visto.
- JACINTA.-** ¿Querrás creer que no encontré a ninguno de sus amigos por ahí?
- JULIA.-** Me extraña, porque por lo menos Paco debiera estar ya en la taberna desde las cuatro. Aunque también es verdad que a estas horas ya no iba a conocer a tu marido, y menos a ti.
- JACINTA.-** Pues no está. Ni él, ni nadie. Serafina, la de la tasca me dijo que en toda la tarde no había parado nadie allí.
- JULIA.-** ¿Y en la bolera?
- JACINTA.-** Tampoco encontré a nadie. Y más le vale a Ramón que no lo haya encontrado allí, porque te juro que le hacía un pleno a los bolos con su cabeza. Llevamos unos días...
- JULIA.-** Si son solo unos días, no es para tanto. Yo llevo así con el mío desde que nos casamos.
- JACINTA.-** No te burles. Todavía ayer hemos tenido una pelea. Resulta que íbamos con el asno camino de la Llosa, y nos tropezamos con el cura, que estaba delante de la iglesia. Y según nos habíamos puesto a hablar... ¡Comienza a tirar pedos!
- JULIA.-** ¿El cura?
- JACINTA.-** No, mujer, el asno. Yo no sabía donde meterme, y disimulando, le pegaba en la barriga.
- JULIA.-** ¿Al asno?
- JACINTA.-** No, a Ramón, a ver si hacía algo. Yo le ponía cara al cura como si no estuviera pasando nada, porque aquel asno estaba dando una serenata que ni Pascual el del tambor. Y tal como había empezado para de pronto, y cuando no habían pasado dos segundos, se oye otro cuesco que dejó mal a los

anteriores de lo fuerte que sonó. No podía creerlo. Me quedé mirando para él casi sin decir palabra.

JULIA.- Para el asno.

JACINTA.- ¡No! ¡Para Ramón! El muy cerdo, aprovechando la serenata del asno quiso desahogarse él también con la idea de echarle la culpa al animal, pero calculó mal el momento. ¡No veas lo colorado que se puso!

JULIA.- Ramón, ¿eh?

JACINTA.- No, el cura. Y encima, de tan fuerte que había sonado el cuesco, se encabritó.

JULIA.- ¿El asno?

JACINTA.- No, el cura. Nos llamó de todo. No pensé que un hombre como él supiese tantos insultos diferentes. Yo, hija, ya no pensaba más que en desaparecer de allí, así que empecé a darle con la vara para arrear.

JULIA.- ¿Al asno?

JACINTA.- No, a Ramón. Hasta casa lo traje a varazos. Sé yo que esa noche durmió caliente.

JULIA.- ¿Y el asno?

JACINTA.- ¿A mi qué más me da si duerme caliente el asno o no?

JULIA.- Mujer, pregunto que si quedó allí.

JACINTA.- No, lo traje también a él para casa. Y vino marcándome el ritmo de los palos que le daba a Ramón todo el camino. Ni que hubiera comido tres potajes en vez de hierba. ¡Qué manera de echar por el tubo de escape!

JULIA.- Bueno, entonces no es de extrañar que no encuentres a Ramón, si tanto lo enfilaste ayer con la vara. Estará escondido.

JACINTA.- Voy ver si lo encuentro. Hasta luego, Julia. (*Se va*)

JULIA.- Hasta luego, mujer. Esta Jacinta...

MARINA.- (*Entra*) Madre, padre no está en el huerto.

JULIA.- Vaya por Dios. Se habrá perdido también como el panoli de Ramón. Seguro que andan por alguna taberna, como si lo viera.

ROSA.- (*Sale de la otra casa, la vecina, de la quinta más o menos de JULIA*) Hola, Julia, ¿habéis visto por ahí a Colás?

JULIA.- No, y mira que estoy extrañada, porque hoy ya echaba de menos que me preguntase por los guisantes. Nunca he visto hombre tan obsesionado con algo.

- ROSA.-** Mejor que ande detrás de los guisantes de las vecinas, que no detrás de ellas.
¿Lo has visto o no?
- JULIA.-** No, Rosa. Hoy andan todos perdidos. Jacinta también está buscando al suyo.
- ROSA.-** Ya verás. Este bobainas ha vuelto a ir al huerto de Bonifacio para ver los guisantes que tiene. Lleva cinco días que no tiene otra cosa en la cabeza. Dice que están más altos que el año pasado, y que como no ha llovido este año mucho, eso no es normal. Ayer estuvo casi una hora mirando para ellos a ver si veía algo raro.
- JULIA.-** Tendría que hacer que le miraran eso. Tanto guisante no puede ser bueno.
- ROSA.-** Ya que fueran guisados con jamón. Voy a ir a ver si fue hasta el huerto de Bonifacio. Si viene por aquí antes de que vuelva yo, que ni se le ocurra irse sin que yo lo vea.
- JULIA.-** Descuida, que si hace falta le saco unas cuantas vainas para que las analice mientras llegas.
- ROSA.-** Hasta luego. (*Se va*)
- JULIA.-** Hasta luego. (*A la hija*) ¿Donde andarán metidos todos los hombres hoy?
- MARINA.-** No sé, pero yo voy ahora mismo a ver a mi Marcelino, porque estoy también mosqueándome.
- JULIA.-** Marina, ya lo verás de sobra después de casados, mujer. Déjalo respirar.
- MARINA.-** Es que si no voy, a la que le falta la respiración ahora mismo es a mi. Hasta luego. (*Se va*)
- JULIA.-** Esta cría cada día está peor. (*Sigue atando cebollas. Entra por el lateral CARMELA, el ama del cura, vestida toda de negro*) Carmela, dichosos los ojos. Pero, escucha, este año ya he dado para el patrón, para el Domund, para la iglesia y para la virgen.
- CARMELA.-** Pues te faltan las ánimas y la milagrosa. Pero no. Ando buscando a Don Cipriano.
- JULIA.-** ¿Al cura? Mujer, estará en la iglesia.
- CARMELA.-** No anda por la iglesia desde hoy por la mañana. Y lo peor es que dentro de media hora tiene un cabodeaño, y no lo localizo.
- JULIA.-** Si tiene un cabodeaño, aparecerá, Carmela, que esos como son cobrando...
- CARMELA.-** Es que llevan en la iglesia casi dos horas un par de mujeres esperando para confesar, y eso es muy grave.
- JULIA.-** Naturalmente, que igual les da cualquier cosa, y van para el infierno por no estar confesadas.

CARMELA.- No lo tomes a broma, Julia. La confesión es sagrada. Voy a seguir a ver si lo encuentro. Si pasa por aquí, no dejes de avisarlo de que ando detrás de él.

JULIA.- Eso ya hace tiempo que lo sabe todo el pueblo.

CARMELA.- ¿Qué dices?

JULIA.- Nada, nada, Carmela. Que se me fue la cabeza. Lo aviso, no te preocupes. Total, hoy parece que estoy de recadera para todo el mundo.

CARMELA.- Queda en paz. (*Se va*)

JULIA.- Pobre Don Cipriano, no me extraña que desaparezca por no aguantar a este monigote.

JACINTA.- (*Vuelve a entrar*) Pues que no he dado con él.

JULIA.- ¿No? Bueno, mujer, no te preocupes. Andará por ahí.

JACINTA.- Mira que llegué hasta la estación, y nada.

JULIA.- ¿Le preguntaste al jefe de estación si lo había visto?

JACINTA.- No estaba. No había nadie en la estación.

JULIA.- ¿Cómo no iba a estar, Jacinta? Si está al llegar el tren de la tarde.

JACINTA.- Te digo que no estaba. Ni él ni el de la taquilla.

JULIA.- (*Se levanta ya un poco mosca*) Pero, bueno, ¿qué pasa hoy con los hombres del pueblo?

JACINTA.- Ahora que lo dices... No me he encontrado con ningún hombre en todo el camino. Y es raro, ¿eh?

JULIA.- Y tan raro. (*Se asoma detrás de la casa*) El mío no está en el huerto. ¿No estarán en la bolera o por ahí?

JACINTA.- La bolera está cerrada. Mariano tampoco está.

MARINA.- (*Entra nerviosa, casi corriendo*) ¡Marcelino no está en la sierra!

JULIA.- No te apures, Marina, tal vez le ha dado el día libre Prudencio.

MARINA.- Entonces lo han cogido los dos, porque Prudencio tampoco está.

JULIA.- Ay, Dios, que para que Prudencio deje la sierra tiene que pasar algo gordo, que no la cierra ni cuando las fiestas del pueblo. Esto ya no es normal.

ROSA.- (*Entra por el camino*) Pues no estaba en el huerto de Bonifacio. ¿Tu sabes de otros guisantes así con buena pinta por el contorno?

JULIA.- Rosa, esto me huele muy mal.

ROSA.- Perdona, es que he ido corriendo, y seguro que he sudado un poco, pero no hace más que seis días que me he bañado, así que...

JULIA.- No seas boba, Rosa. No aparece ningún hombre en todo el pueblo.

MARINA.- Ni Marcelino tampoco.

ROSA.- Ya, hija, si no aparece ninguno, me figuro que Marcelino tampoco.

JACINTA.- ¿Qué hacemos?

JULIA.- No sé. Estoy tan despistada como vosotras.

ROSA.- No, tu estarás despistada, pero yo lo que estoy es enfadada. En cuanto que aparezca mi marido va a dejar de andar oliendo guisantes, porque le voy a partir las narices.

MARINA.- (*Llorando*) Ay, madre, que Marcelino ha desaparecido. Que nos faltan quince días para la boda.

JACINTA.- Desaparecería por eso.

MARINA.- (*Llora más todavía*) ¡Marcelino me quiere mucho!

JACINTA.- Mujer, era broma.

JULIA.- Escucha, Marina, ve corriendo a casa de Lupe, que aparte de ser la cartera, como está en la centralita de teléfonos, seguro que sabrá si ha pasado algo.

JACINTA.- Seguro que Genoveva está más enterada. No hay chisme que se le escape.

MARINA.- (*Llorando*) ¿Y Marcelino?

JULIA.- Deja a Marcelino en paz, que ahora lo principal es saber qué pasa. (*Se va MARINA llorando*)

JACINTA.- Hija, como esta niña comience a llorar por su marido antes de casarse, no le queda nada. ¿No le has explicado bien como era esto del matrimonio?

JULIA.- ¿Qué le tenía que explicar?

JACINTA.- Pues quién manda en casa una vez casados.

JULIA.- Mandarán los dos.

JACINTA.- ¡Hala! Lo que faltaba por oír. ¿En tu casa mandáis los dos?

JULIA.- Lo que hay en mi casa no es asunto tuyo.

JACINTA.- Ya, ya. En tu casa como en las demás.

COLASA.- (*Entra con MATILDE, la hermana*)¿Hay reunión?

JULIA.- Más o menos. ¿Qué traéis por aquí?

COLASA.- Buscamos a Rafael, que en todo el día no ha aparecido por la quintana. Pensará que le pagamos para que no haga nada.

JACINTA.- (*Hablando alto*) ¿Cómo te va, Matilde? ¿Mejoran esas orejas?

MATILDE.- Rafael hoy no cuida las ovejas. Estamos buscándolo.

JACINTA.- (*Más alto*) Las orejas, Matilde, las orejas.

MATILDE.- ¡Ah! Mucho mejor, hija. Ha dicho el médico que tenía un cajón.

COLASA.- Un tapón, Matilde, un tapón. ¿Habéis visto a Rafael?

JULIA.- No, Colasa. Ni a Rafael ni a nadie. Todo esto es muy extraño. ¿Habrá un campeonato de mus en algún lado?

COLASA.- Como no venga pronto no sé quién va a encerrar a las ovejas.

MATILDE.- Sí, ya estoy mucho mejor de las orejas. Me quitó el tapón el médico.

JULIA.- A ver si viene la niña de casa de Lupe y nos enteramos de algo.

JACINTA.- Ahí viene. Y Lupe con ella.

MARINA.- *(Entra con LUPE, la de la centralita. LUPE trae unos cuantos sobres en la mano, y MARINA viene llorando a voz en grito, con otra carta abierta en la mano)* ¡Aaay, qué desgraciada soy! *(Se abraza a su madre)* ¡Ay, madre, que de esta no levanto cabeza!

JULIA.- ¿Qué pasa, hija?

LUPE.- He tropezado a tu hija a la que venía a veros. Tomad. Hay un sobre para cada una de vosotras. Toma, Julia, de tu marido. Toma, Jacinta, del tuyo. Rosa... *(Va dando sobres)* Mira, hasta Rafael os manda un sobre a vosotras, Colasa.

MATILDE.- ¿Quién nos escribe, Colasa?

COLASA.- Rafael, Matilde. *(Abren los sobres, y según van leyendo, van poniendo caras de susto y de no creer lo que leen. MARINA sigue llorando, y LUPE tiene cara de circunstancias)*

JULIA.- Esto... Esto es increíble. Oíd lo que me pone mi marido: “Julia. estoy harto. Y no precisamente de remolacha y patatas, que parece que es el único plato que sabes hacer, porque a todas horas las estamos comiendo. Estoy harto de ti y de la boba de tu hija. *(MARINA llora más)* Así que hoy, en vez de tomar las dichas remolachas, he tomado una determinación. Hemos estado hablando los hombres del pueblo, y estamos todos de acuerdo. El miércoles, el día que hemos mandado que os entregaran estas cartas, embarcamos para América en busca de una vida mejor. Ahí te quedas tu y tus puñeteras remolachas. Y no me busques, que no me vas a encontrar. Postdata. Que sepas que las remolachas que haces saben a perros muertos.” ¿Vosotras oís?

JACINTA.- Hombre, la verdad es que para las remolachas no tienes buena mano, Julia.

ROSA.- Debe ser cosa del embutido.

JULIA.- No seáis imbéciles. ¡Que me deja!

ROSA.- A ti y a las demás. Escuchad. “Rosa. Esta carta es solamente para decirte que me voy de casa rumbo a América el día que la recibas. La verdad es que voy a echar mucho de menos esta tierra, porque los guisantes se cultivan como en ningún sitio, pero según nos ha dicho el cura, en América también los

habrá. Cuida bien el huerto, y si algún día te enteras de qué porras hace Bonifacio para que crezcan de esa forma sus guisantes, no dejes de hacerlo tu también. Tuyo para jamás de los jamases.” ¿Vosotras veis? Va a echar más de menos a los guisantes del Bonifacio que a mi.

COLASA.- Pues Rafael se ha ido con ellos para allá. Dice aquí que no lo esperemos más a trabajar y que ya puede ir a encerrar las ovejas el Santo Serafín.

MATILDE.- ¿Qué dice? ¿Qué viene a encerrar las ovejas un mastín?

JULIA.- ¿Y la tuya, Jacinta?

JACINTA.- Yo casi quiero más no leerla, porque lo del asno de ayer, comparado con lo que dice en la carta, fue casi una bendición.

LUPE.- Dejaron cartas para todas las casas del pueblo, y al parecer, todos los hombres se han ido. No queda ninguno. Ni el cura, ni el médico, nadie.

ROSA.- ¿Qué hacemos?

JULIA.- Lo primero ir a buscar los niños a la escuela, porque presiento que el maestro tampoco estará.

LUPE.- No, ni el maestro, ni los niños. Por la escuela pasó Consuelo, y no estaban más que les dos hijas de Adela allí. Los niños también se marcharon.

JULIA.- (*Estalla*) ¿Me estás diciendo que el adefesio de mi marido se ha llevado con él a mi Crispín? ¡Lo mato! ¡Por mi madre que voy a América detrás de él y lo mato!

COLASA.- ¿Voy a la estación a preguntar a qué hora hay tren?

JACINTA.- Julia, está con el padre, no le pasará nada.

JULIA.- Si su padre no ha mirado para él en nueve años que tiene, ¿te parece que va a mirar ahora? Ay, Dios, pobrecito. Solo por América.

LUPE.- Como Marco, ¿eh? Pero solo no, hija, con todos los demás hombres. Ya te digo que no ha quedado ninguno en todo el pueblo.

MARINA.- (*Llora a moco tendido con el sobre en la mano*) ¡Ay, madre! ¡Quince días que me quedaban para casarme! ¡Y me dice aquí que se casaba obligado por su madre!

ROSA.- Marina, ¿qué esperabas? Obligados van todos. El mío llevaba detrás a mis hermanos, a cuál con la garrota más gorda, por si le daba por echar a correr.

JACINTA.- Hay que hacer algo. No podemos quedarnos de brazos cruzados. Habrá que ir a dar parte a la guardia civil o a alguien. Esto es abandono del hogar.

JULIA.- Jacinta, lo del abandono del hogar solo cuenta para las mujeres, los hombres pueden irse cuando quieran.

COLASA.- Si, los vuestros ya lo hacían bastante bien antes.

ROSA.- ¡Por lo menos nosotras estábamos casadas!

COLASA.- A ver lo que dices, ¿eh? Si me quedé soltera fue porque quise.

ROSA.- Hombre, sí, ya sabía que andabas espantando los mozos de tu puerta.

COLASA.- Vayámonos, Matilde, que aquí hay mucha arpía suelta.

MATILDE.- ¿Que hay una sardina muerta? Entonces, ¿la que olía no era Rosa?

ROSA.- ¡Otra! Que es que he venido corriendo... Pero, ¿qué hago yo dándoos explicaciones?

JULIA.- Dejad de pelear, por favor. Vamos a pensar qué hacemos, porque esto es muy gordo. No hay ningún hombre en el pueblo, y hay que pensar lo que haremos.

LUPE.- Voy a ir hasta la iglesia, que el último sobre que tengo para dar es para Carmela.

JULIA.- No sé si estará, porque anda buscando al cura.

JACINTA.- No la busquéis más, que viene por ahí.

CARMELA.- (*Entra por el lateral*) Vaya, reunión de vecinas, perdición de los hombres.

JACINTA.- Por una vez la cosa es al revés.

LUPE.- Hola, Carmela, iba a verla para darle esta carta. Es del cura.

CARMELA.- ¿Del cura? (*Abre el sobre y lee, primero un poco para ella, y luego para las demás*) ¡No soy a creerlo! ¡Que se ha ido! Escuchad: “Carmela: Hoy los hombres de este pueblo acaban de tomar una decisión muy difícil, pero que al parecer es la única que podían tomar. Hartos de aguantar a las mujeres, han decidido irse para América, y yo, no queriendo dejar a este rebaño sin pastor...”

JULIA.- Y nunca mejor dicho lo de rebaño, porque están todos como cabras.

CARMELA.- Calla. “...sin pastor, me voy con ellos, pues son muchas las tentaciones que van a encontrar en esas tierras dejadas de la mano de Dios. Cuide de la iglesia mientras que mandan otro párroco. La tendré siempre presente en mis oraciones.”

ROSA.- O sea, que se ha ido con ellos.

JACINTA.- Yo lo sabía, me lo dice mi marido en la carta.

CARMELA.- ¡Pobre Don Cipriano! Voy a echarle mucho de menos. Y él a mi también, por lo que me dice en la carta. Es un santo.

JACINTA.- ¿Un santo? Oíd lo que me dice mi marido. (*Busca en su carta*) Aquí: “El cura también viene con nosotros, porque nos ha dicho que está hasta los mismos...” Bueno, esta palabra no la leo, que es pecado mortal. Eso, “que estaba hasta ahí de la pesada del ama, y que a ver si con el disgusto de que se fuera, le daba un soponcio y así este mundo se libraba de esa peste, y...”

CARMELA.- Deja, deja, me hago una idea. ¿Será puñetero? O sea, que por lo que veo, se han marchado todos los hombres para América.

JULIA.- Todos. Estábamos aquí pensando qué hacer.

CARMELA.- ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? ¿Disfrutar de la libertad!

JACINTA.- ¿Qué dices, Carmela?

CARMELA.- ¿Donde la vimos más gorda? No hay ningún hombre en todo el pueblo. Ninguno que nos pueda molestar. Nadie que nos mande, ni que nos moleste.

ROSA.- Pero, bueno, Carmela, que la cosa es muy grave. ¿Qué vamos hacer sin ellos ahora?

CARMELA.- Vivir, Rosa, vivir. ¿O qué querías? ¿Tener al infeliz ese que tenías en casa mirando los huertos de los vecinos en vez de trabajar en la tuya? Porque mucho hablar de guisantes, pero, ¿cuándo fue la última vez que labró?

ROSA.- Hombre...

CARMELA.- No daba un palo al agua. Y que sepas que sé de buena tinta que estaban a punto de echarlo de la herrería, porque faltaba a trabajar cada poco, con la cosa de andar mirando los huertos de la vecindad.

JACINTA.- Carmela, hija, no seas así.

CARMELA.- ¿Y tu? ¿Qué me dices tu? ¿Para qué lo quieres de vuelta? ¿Para seguir machacándole el espinazo cada vez que te arma alguna? No hay un hombre en todo el pueblo, y si me apuras en toda Asturias, que te pueda dejar mal tantas veces seguidas.

JACINTA.- No hay que exagerar.

CARMELA.- Para empezar, en tu boda, tonta. Perdió los anillos, traía el pantalón del revés. ¿Quieres que siga?

JACINTA.- No, Carmela, deja, que le debes de estar poniendo las orejas bien calientes.

MATILDE.- ¿Qué pasa con las ovejas?

CARMELA.- ¿Y vosotras queréis que vuelva Rafael? ¿Para qué? ¿Para que siguiera sisándoos cada vez que no mirabais?

COLASA.- ¿Qué sabes tu?

CARMELA.- ¿No lo voy a saber? Si pasaba el día invitando en la taberna, y cada vez que lo hacía, decía: “Esta la paga Colasa”.

MATILDE.- ¿Qué está en Málaga Colasa? No, mujer, si está aquí.

CARMELA.- ¿Y tu, Julia? ¿También quieres que vuelvan los hombres?

JULIA.- Mi marido me da igual. El que quiero que vuelva es mi hijo. ¿Qué va ser de él en América?

CARMELA.- Tu hijo va para mayor, Julia. A no tardar mucho, como todos los demás, se irá de casa, porque lo que suele pasar es que los hombres se van con la mujer para casa de ésta. Escuchad. Lo que acaba de pasar es una bendición para todas, y si no, medítadlo hoy por la noche. Sin hombres, se acabaron los problemas. Se acabó estar sola en casa, cuidando los hijos, porque los hombres están en las tabernas, gastando el sueldo. Se acabó callar a lo que mandan las pocas veces que piensan que llevan los pantalones. Se acabó llevar una bofetada porque piensan que la fuerza les da la razón. Se acabó llevar la casa a cuestras, el huerto, los hijos, y que esos holgazanes, porque piensan que con traer el sueldo a casa ya hacen bastante, encima os digan que no hacéis nada. ¿Es eso lo que queréis que vuelva? (*Ninguna contesta y bajan la vista*) Y tu, Marina, deja de llorar, que te has librado de una buena. Y ahora me voy, que estarán aquellas dos pobres en la iglesia esperando a confesarse, y para mi que si no las voy a avisar, van a echar raíces en el banco. Hasta luego. (*Se va y hay una pequeña pausa en silencio*)

ROSA.- La verdad, un poco de razón si que tiene.

JACINTA.- Un poco, no. La tiene toda. Es cierto que vamos a estar mejor sin ellos. Mirad, para empezar, hoy por la noche hacemos costura en mi casa, que desde que me casé nunca he podido hacerlo, porque me daba vergüenza invitaros, por si aparecía por casa el imbécil de mi marido.

JULIA.- No sé si Carmela tendrá razón o no. El caso es que a partir de ahora tenemos que arreglarnos sin ellos. Hoy nos vale más irnos a casa, y, si os parece, mañana por la mañana volvemos a quedar aquí, y hablamos más reposadas.

JACINTA.- Oye, ¿y mi costura?

JULIA.- Vas a tener tiempo de sobra para hacer reuniones de costura, Jacinta. Después de tantos años, esperar un día más tampoco te va a hacer mucho mal.

JACINTA.- No, mujer, quedamos en mi casa a hacer costura, y lo hablamos allí.

JULIA.- Mañana, Rosa, que estas cosas hay que consultarlas con la almohada.

JACINTA.- Las consultas en mi casa.

JULIA.- ¿Cómo voy a dormir en tu casa, Jacinta?

JACINTA.- Entonces, tu, Marina, que así tu madre puede pensar mejor.

MARINA.- Estoy como para ir a dormir a ningún sitio. ¡Quince días que me faltaban!

JACINTA.- ¿Y tu, Rosa?

ROSA.- ¿Yo, qué?

JACINTA.- ¿No te apetece dormir en mi casa?

MATILDE.- ¿A dónde va ir Colasa?

COLASA.- ¡Calla, Matilde! Jacinta, ¿a qué viene ese empeño en querer que alguien duerma contigo hoy?

JACINTA.- Verás, Colasa, con la de años que llevo durmiendo con mi marido, dormir hoy sola... A ver si va entrar alguien en la casa.

ROSA.- ¿Quién va entrar? No quedan hombres en el pueblo.

JACINTA.- ¿Venís vosotras, Colasa?

COLASA.- Nosotras no podemos, tenemos que ir a atender las ovejas...

JACINTA.- Voy yo a echaros una mano. ¿No tenéis un lugar donde me pueda quedar con vosotras?

COLASA.- Anda, ven, algo aparecerá. Vamos, Matilde, que Jacinta se queda hoy con nosotras.

MATILDE.- ¿Qué dices de una pinta?

COLASA.- Dios, menos mal que dice que anda mejor de las orejas. Anda, tira, tira. (*Se van COLASA, MATILDE y JACINTA*)

ROSA.- ¿Qué vamos a hacer, Julia?

JULIA.- Mañana lo hablamos, Rosa. Hoy tengo que pensar.

ROSA.- No pienses mucho y te dé un sofocón a la cabeza. Hasta mañana. (*Se va*)

MARINA.- ¡Qué desgraciada soy, madre! ¿Dónde encuentro otro novio ahora?

JULIA.- Mañana, Marina, mañana. Anda, vamos para casa. (*Se van mientras cae el*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración de antes. En escena JULIA, MARINA, JACINTA, ROSA, MATILDE, COLASA y CARMELA, algunas sentadas, algunas levantadas.

JULIA.- A mi me parece que está todo claro, ¿no?

ROSA.- Hay algunas cosas todavía que...

JULIA.- Por Dios, Rosa, que llevamos aquí cuatro horas.

ROSA.- Las cosas tienen que quedar bien claras, que después pasa lo que pasa.

JULIA.- Hija, esto ya ni lavándolo con lejía puede estar más claro. A mi me parece que ya nos podemos ir, que aún no he puesto la comida.

ROSA.- No, no, que Marina lea lo que está escrito, por si no lo ha apuntado bien.

JULIA.- Oye, que esta niña ha ido a la escuela casi seis meses antes de dejarlo, ¿eh?

JACINTA.- ¡Dios! Callad ya. Que lea Marina de una vez eso, y a ver si nos vamos para casa, puñetas.

JULIA.- Está bien, total, después de estar aquí cuatro horas, diez minutos más... Lee, Marina.

MARINA.- (*Lee un papel*) Decálogo de normas que van a regir en este pueblo a partir de hoy. Primera...

ROSA.- ¿Lo veis? Eso ya está mal.

MARINA.- Rosa, la primera es la primera, ¿no?

ROSA.- Si, pero dices que a partir de hoy, pero no pones el día. Y además, no es un decálogo, es un sietálogo, porque son siete normas y...

JULIA.- Un tontólogo tenía que mirarte a ti la cabeza, Rosa.

ROSA.- Vale, vale, sin alterarse.

MARINA.- Primera: En este pueblo no podrán entrar hombres sin permiso de las vecinas. Segunda...

COLASA.- Y nosotras que no tenemos vecinas, ¿a quiénes les piden permiso?

JULIA.- Colasa, las vecinas somos todas.

MATILDE.- ¿Que las vecinas son tontas?

JACINTA.- Faltaba por hablar la sorda de los diablos. Tira para adelante, Marina, que he dejado una olla de puchero en la cocina, y a saber como estará.

MARINA.- Segunda: Los parientes varones que vengan de visita no podrán circular por el pueblo, ni quedarse más de un día.

ROSA.- Ni una noche.

JULIA.- Rosa, te juro que si vuelves a interrumpir, cojo el mango de esa azada y te doy con él hasta hacerlo astillas.

ROSA.- Hija, cómo te pones para nada.

MARINA.- Tercera: Ninguna mujer del pueblo tendrá relación alguna con ningún hombre que no sea de la familia.

JACINTA.- A Matilde y a Colasa no les hacía falta esa norma, porque llevan toda la vida sin ninguna relación.

COLASA.- Oye, tu, que yo en mis años tuve mis pretendientes.

MATILDE.- Si, si, cada vez le faltan más dientes.

JACINTA.- No me acuerdo de ningún pretendiente tuyo.

COLASA.- Martín el de Amaro anduvo lo menos un año detrás de min. Y hasta le fue a pedir a mi madre relaciones conmigo. Pero casi no aportaba dote.

MATILDE.- Sí, hemos dejado puesto el pote. Ya estará frío, con la de tiempo que llevamos aquí.

JULIA.- ¿Habrá manera de acabar con las normas? ¿O miramos a ver cuál cuenta la mejor historieta?

COLASA.- Me chinchó Jacinta. Decir que yo no he tenido pretendientes... Así los he tenido, así. Pero no apareció el bueno.

MARINA.-¿Sigo?

JACINTA.- Sí, hija, antes de que Colasa nos diga todos los que han andado detrás de ella, que igual entonces ni llegamos a casa a la hora de cenar.

MARINA.- Cuarta: Las labores del sacerdote las harás de momento Carmela, puesto que es conocedora de tales labores.

ROSA.- Esta es otra cosa que no acabo de ver, porque ir a confesar con Carmela...

CARMELA.- Lo mismo que con el cura. Si a él le podías contar tus pecados, a mi también.

ROSA.- Es que él tenía el secreto de confesión, y tu...

CARMELA.- ¿Yo? Una tumba. Están tus secretos más seguros conmigo que contigo. Si algo sé hacer bien es callar, porque si no, hace mucho que habría contado el idilio de Jacinta con Roque dos meses antes de casarse. Pero como yo sé callarme las cosas, no lo he contado.

JACINTA.- ¿Cómo sabes tu eso?

CARMELA.- Ay, hija. El cura hablaba en sueños. Si quería enterarme de algo, no tenía más que ir cuando dormía la siesta, le preguntaba lo que fuera, y contaba

todo lo que le habían confesado. Lo que me reía cuando despertaba, y me pedía agua porque decía que tenía la boca seca. Él pensaba que era de roncar... ¡Y era de largar!

JULIA.- Entonces, ¿sabes todo lo que le habíamos confesado al cura?

CARMELA.- Casi todo, pero no te apures, que jamás contaré que una vez robaste un par de gallinas en el corral de Fermina. Hay cosas que no deben contarse.

JULIA.- ¡Carmela! Eso es mentira, no las robé. Las cogí... pensando que eran mías, porque se parecían a unas que tenía yo en mi gallinero. ¡Marina, la quinta!

MATILDE.- ¿Marina se va al servicio militar?

COLASA.- ¿Qué dices, Matilde?

MATILDE.- ¿No dice su madre que es una quinta?

JULIA.- Tira, Marina, tira.

MARINA.- Quinta: Cuando cualquiera de las mujeres del pueblo necesiten ayuda para trabajos propios de los hombres, las demás ayudarán en todo lo que sea posible, para que no haga falta avisar a ningún varón.

JACINTA.- Y para comenzar, mañana os quiero a todas en mi casa, que toca limpieza.

ROSA.- La norma dice que es para trabajos que hacían los hombres.

JACINTA.- Es que en mi casa el que limpiaba era mi marido.

JULIA.- No, Jacinta, la norma es para cosas de mucho esfuerzo, que una sola de nosotras no pueda hacer.

JACINTA.- Si supieseis el esfuerzo que me cuesta a mi limpiar...

JULIA.- Venga, Marina. Otra más.

MARINA.- Sexta: En caso de extrema necesidad, se permitirá la entrada al pueblo a un hombre, no estando éste en él más de lo estrictamente necesario.

ROSA.- Este punto también hay que aclararlo.

JULIA.- Como aclares tanto la ropa como todos estos puntos, debes de tener la colada más blanca de toda la región. ¿Qué demonios hay que aclarar ahora?

ROSA.- Pues los casos de extrema necesidad.

JULIA.- Está bien claro: una enfermedad, una extrema unción...

MATILDE.- ¿Quién estrena una función? ¿Van a hacer teatro?

ROSA.- Eso está claro. Pero, con la cosa de la necesidad, Petra seguro que trae algún hombre a su casa por la noche, porque no piensa en otra cosa en todo el día.

JULIA.- Eso no es extrema necesidad, y deja en paz a la pobre Petra. Cada una en su casa hace lo que quiera.

JACINTA.- No va ni seis días que he visto salir de su casa a un hombre a las diez de la noche.

JULIA.- ¡No me mates! ¿Quién era?

JACINTA.- No sé, pero a la que salía, vi como había movimiento de dinero.

CARMELA.- ¡Ave María! ¡Qué degeneración!

COLASA.- Pues ese día estuve yo en su casa.

CARMELA.- ¿Qué? Hombre, por Dios, Colasa. ¿A quién se le ocurre? Te tenía por más decente.

COLASA.- No veo ninguna indecencia en ir a ayudar a una vecina con el parto de una vaca. Y bien que se complicó, que hubo que llamar al veterinario, y hasta las diez estuvo el hombre dándole la vuelta al ternero. ¡Casi dos horas! Y no cobró más que la salida.

JULIA.- Así que un hombre, a las diez, y movimiento de dinero, ¿eh, Jacinta? Si la tonta soy yo que la escucho.

JACINTA.- Pensé...

JULIA.- Ese es tu gran problema, que de vez en cuando te da por pensar. Marina, la última.

MARINA.- Séptima y última: Si hay alguna duda, o hay cualquier cosa que no esté contemplada aquí, se reunirán todas las mujeres en asamblea para decidir qué se hace.

JACINTA.- Las asambleas en mi casa, ¿eh?

COLASA.- ¿No eran las reuniones de costura?

JACINTA.- Matamos dos pájaros de un tiro. Cosemos, y mientras, decidimos.

JULIA.- Pues está todo dicho. A partir de hoy, se acabaron los hombres en este pueblo. Y ahora, por Dios, cada una para su casa, que es casi la hora de comer, y llevamos aquí toda la mañana.

JACINTA.- Voy a ver si atizo la cocina, porque el puchero...

ROSA.- Jacinta, si lleva esa cocina cuatro horas sin atizar.

JACINTA.- No te apures. A la que salía, he avisado a voces a la casa de al lado que me atizaran la cocina.

ROSA.- Si a tu lado vive Cosme.

JACINTA.- ¡Arrea! No lo había pensado. No habrá ido, ¿verdad?

ROSA.- Si, desde América lo tiene difícil. ¡Qué boba eres! Anda, tira, tira, que nunca un puchero habrás hecho que tan a remojo hubiera estado.

JACINTA.- (A **COLASA** y **MATILDE**) ¿Venís cuando yo?

COLASA.- Vamos, sí, que ya es tarde. Hasta luego. (*Salen las tres*)

JULIA.- Marina, entra para casa y vete preparando algo para comer, que entre uno y otro... (*Sale MARINA para casa*) Espera, Rosa, no te vayas, que quiero hablar contigo.

ROSA.- ¿Qué pasa?

JULIA.- Es que ayer he estado pensando que yo con todo lo que tengo en casa, sola no puedo. O atiando la casa, o atiando todo lo demás. Y supongo que tu estarás en las mismas.

ROSA.- Pues sí, hija. Casi no voy ni a comer, porque tengo que ir al huerto, que las patatas no se labran solas.

JULIA.- Escucha lo que te voy a proponer. A mi me parece que podríamos ayudarnos. Te vienes con Marina y conmigo para casa, y así solo tenemos una casa que atender, y tendríamos más tiempo para trabajar las demás cosas.

ROSA.- No es mala idea. Así, la olla solo la tiene que atender una, y Marina puede cuidar el ganado de las dos.

JULIA.- Pues pasa para dentro, y hoy comes en casa con nosotras, y por la tarde, traes lo que sea de tu casa, y ya nos organizamos.

ROSA.- Está bien. Oye, por cierto, yo como con poca sal, ¿eh? Es que enseguida me sube la tensión. (*Mientras entra*) ¿Qué hay para comer hoy, Rosa?

JULIA.- Por un momento me has sonado a mi marido. Lo mismo decía cada vez que entraba a comer. Anda, pasa. (*Entran. Tras una pequeña pausa entran por un lateral SARA y JUANA, ésta última con una cámara de fotos en la mano. SARA lleva una libreta y un lapicero y toma notas. Las dos van vestidas mucho más modernas y de pantalones, más urbanas*)

SARA.- Mira, este es un buen lugar para tirar unas fotos.

JUANA.- Cualquier lugar me parece bueno. Tengo los dedos de los pies deshechos de tanto andar.

SARA.- ¡Qué protestona eres!

JUANA.- ¿Protestona? Llevamos más de una hora por estos caminos. Ya podrías haber avisado a dónde veníamos.

SARA.- Veníamos a la aldea. ¿Qué esperabas? ¿Una alfombra de casa a casa?

JUANA.- Me habría conformado con que no hubiere boñigas. He pisado cuatro.

SARA.- Han sido tres boñigas. Lo último que has pisado era de un burro, no de una vaca.

JUANA.- Era de la madre que lo... Unos zapatos recién comprados. Voy a tener que meterlos cuatro días en lejía para quitarles esta mugre de encima.

SARA.- Para otra vez, vienes de "chirukas". (*Sale MARINA de casa*) Mira, una aldeana, vamos a preguntarle. Oye, chica, ¿puedes contestarme unas preguntas?

MARINA.- Si no son muy difíciles... ¿Es para un concurso?

SARA.- Somos de la Nueva España. (*N.A. El periódico de mayor tirada de Asturias*)

MARINA.- Caramba, ¿y qué ha pasado con la vieja?

SARA.- Mira, Juana, nos ha tocado una chica ocurrente. Hemos venido por lo de los hombres.

MARINA.- Pues si habéis venido a por hombres, ahora no es el momento, no queda ni uno en el pueblo.

SARA.- Que no, hija, que somos periodistas.

MARINA.- Ah, entonces que salga mi madre. ¡Madre! ¡Madre!

JULIA.- (*Sale con ROSA*) ¿Qué pasa, hija? ¿Tenemos visita?

MARINA.- Estas mujeres, que vienen de España a buscar hombres.

JULIA.- ¿Qué dices?

SARA.- Mire, somos periodistas de la Nueva España, y hemos venido al pueblo para hacer un reportaje de lo que ha pasado con los hombres. ¿Usted podría responder a unas preguntas?

JULIA.- Claro, hija. ¿Qué quieres saber?

SARA.- (*Toma notas en la libreta*) Al parecer, todos los hombres del pueblo se han ido ayer. ¿Usted puede confirmarlo?

JULIA.- De confirmar se encargaba el cura, pero es que también se ha ido con ellos. Pero aquí estamos todas confirmadas, ¿eh?

ROSA.- Yo no.

JULIA.- ¿No estás confirmada?

ROSA.- ¡Qué va! Cuando estábamos en la confirmación, nada más que vi que lo que hacía el arzobispo era darnos un guantazo, me metí en el confesionario, y no salí de allí hasta por la noche.

JULIA.- Si no es un guantazo, Rosa, te da un cachetito con la mano nada más.

ROSA.- A mi no hay hombre que me ponga una mano encima. Ya lo sabes.

SARA.- Perdonen, lo que quiero saber es si lo de los hombres es verdad o no.

JULIA.- Ah, pues eso sí. Se han ido todos, sí.

SARA.- ¿Y saben las motivaciones?

ROSA.- Pues no, cuando lo de la confirmación aprendí los mandamientos, las virtudes, los pecados capitales...

JULIA.- Capitales.

ROSA.- No, capitales no aprendí, eso era en la escuela. Lo de Francia capital Alemania, y todo eso.

JUANA.- Esta entrevista va ser muy interesante. Casi hasta han dejado de dolerme los pies.

SARA.- A ver, señoras, ¿saben por qué se han ido?

JULIA.- Hombre, por todo un poco. Unos por uno, otros por otro...

ROSA.- O por lo de más allá, vaya usted a saber.

MARINA.- A mi novio lo engañaron, si no, seguro que no se habría ido.

SARA.- Pero, ¿no ha dejado una nota o algo?

JULIA.- Han dejado algunas cartas, pero no decían mucho más en ellas que se marchaban.

SARA.- Y ustedes, ¿qué planes tienen ahora?

ROSA.- De huevo y leche, como siempre. A veces les echo avellana.

JULIA.- Planes, Rosa, planes, no flanes. Pues, ¿qué vamos a hacer? Tirar hacia adelante. Ayudarnos unas a otras para salir de este lío.

SARA.- Al parecer está prohibida la entrada a hombres en el pueblo. ¿A qué se debe?

ROSA.- Algo siempre se debe, pero Edelmira la de la tienda es buena mujer, y nos fía hasta que cobramos. Menos a Lucrecia, que según tengo entendido, no paga nunca, y luego anda por ahí luciendo esas ropas que dice que compra en Oviedo, pero sé de buena tinta que se las dan las de Cáritas, porque a mi no me gusta meterme donde no me llaman, pero Eufrasia, la de Cáritas, anda diciendo por ahí...

SARA.- ¡Ya! Ya. A ver si pregunto con un poco más de claridad. ¿Por qué no pueden entrar hombres en el pueblo?

JULIA.- Oiga, y usted, ¿cómo sabe eso?

SARA.- Porque ahí a cuatro pasos me he cruzado con un compañero del Comercio (*N.A. Otro periódico regional asturiano*) a todo correr porque entre dos mujeres le estaban tirando piedras del tamaño de un puño, y cuando les he preguntado a las mujeres por qué lo hacían, dijeron que según la nueva ley, no podían entrar varones.

JULIA.- Es una decisión que hemos tomado entre todas las mujeres, pero nadie habló de tirarles piedras.

JUANA.- Eso dígaselo al pobre. La más vieja tenía una puntería... La otra dejó de tirar piedras, y le decía a la vieja: “Matilde, contente”. Y la vieja decía, “¡Sí, sí, ya tiro con tiento!”

JULIA.- Eran Colasa y Matilde, sí. Pues son muy buenas mujeres.

SARA.- Escuchen, ¿les importa si tiramos algunas fotos?

JACINTA.- Hija, no las tires, que después le toca a Julia barrer.

JULIA.- ¿Y por qué a mi?

JACINTA.- No te alteres. También puede barrer Marina.

JULIA.- Y también tu.

JACINTA.- ¡Eso! O sea, que me toca ir al huerto, y aún tengo que barrer al volver. De eso nada. Y me voy para casa, que enfría el puchero y luego no hay quién lo coma. Atiende tu a estas mujeres. (*Se va*)

SARA.- Entonces, ¿podemos tirarlas o no?

JULIA.- ¡La cuna que la arrolló!

SARA.- Oiga, no se enfade, que si no quiere, nos vamos.

JULIA.- No, hija, no iba por ti. Marina, atiéndelas tu, que voy a hablar con Jacinta. (*Se va*)

JUANA.- Esto ha valido por las cuatro boñigas que he pisado. Y todavía si tengo que pisar otro par de ellas a la vuelta, no me importará.

SARA.- En fin, chica. ¿podemos hacer las fotos o no?

MARINA.- Hagan lo que quieran, que yo voy también para dentro, que cuando hay bronca en mi casa... (*Se va*)

JUANA.- ¿Qué? Vaya reportaje, ¿eh? Esto sale en primera plana.

SARA.- No te burles, ¿eh? Y echa un par de fotos por ahí. (*JUANA se va al fondo y se coloca para hacer la foto, mirando a un lateral. Cuando está allí puesta, le tiran una piedra a la cámara*)

JUANA.- Pero... ¡La madre que parió a la vieja! Ya me ha destrozado la cámara. ¡Oiga! ¡Venga acá!

SARA.- ¿Qué ha pasado?

JUANA.- (*Mirando la cámara*) Como esté rota... (*Entran COLASA y MATILDE*)

COLASA.- ¿Lo ves? Te había dicho que no era el hombre de antes.

JUANA.- ¿Usted ve esta cámara?

MATILDE.- Sí, hija, estoy sorda, no ciega.

JUANA.- A ver quién paga ahora la reparación.

MATILDE.- ¿Quién se separa?

COLASA.- Discúlpela, señorita, es que la pobre se ha confundido. Como va con pantalones...

SARA.- No se preocupen, que no será nada. Pero, oigan, eso de tirarles piedras a los hombres...

COLASA.- Hay que cumplir la ley. Los hombres no pueden entrar en el pueblo.

SARA.- Pero, ¿quién ha hecho esa ley?

COLASA.- Está en un sietólogo que hemos hecho entre todas las mujeres. Eso y que las visitas no pueden circular por el pueblo.

MATILDE.- Y que solo pueden entrar a hacer teatro si estrenan función.

SARA.- Anda, Juana, vamos con estas mujeres a su casa, que parece que están más dispuestas a hablar, a ver si salvamos todavía el reportaje.

MATILDE.- Si, si, vengan, que sí que tenemos potaje.

SARA.- Vamos a su casa. (*Salen todas mientras JUANA va refunfuñando*)

JUANA.- Potaje... Como se hayan velado las fotos... (*Fuera de la vista del público*)
¡Mierda! Ya he pisado otra boñiga. Hay días en que una no tendría que levantarse de la cama.

ROSA.- (*Sale de casa con JULIA detrás*) Pues si esas tenemos, me voy para mi casa.

JULIA.- Rosa, no es para ponerse así.

ROSA.- Es que está una harta de trabajar todo el día en el huerto, y lo único que pide es un plato caliente en la mesa y que las cosas de casa se hagan. No es tanto pedir.

JULIA.- No, claro que no. Es que me he encendido un poco antes. Anda, venga, entra en casa, que habrá un arreglo para todas las cosas. Hablando se entiende la gente.

ROSA.- Está bien. Entraré. Por no dejar que enfríe la comida. (*Entra para dentro*)

JULIA.- Ay, Dios, no sé si habré hecho bien con el trato este.

JACINTA.- (*Entra con CARMELA*) Hola, Julia.

JULIA.- ¿Qué hacéis aquí otra vez?

JACINTA.- Es que queríamos decirte que hemos estado Carmela y yo hablando, y hemos tenido una idea que igual te puede servir.

JULIA.- Pues suéltala ya, que seguro que es mejor que lo que se me ha ocurrido a mi.

JACINTA.- Verás, como ahora estamos solas, hemos decidido que Carmela se venga conmigo para casa, porque así, mientras que yo cuido el huerto y el ganado, ella puede atender un poco la casa, porque como ahora no está el cura no

tengo nada que hacer. Y así hablando, hemos pensado que tu podías hacer lo mismo con Rosa.

JULIA.- Llegáis un poco tarde, porque Rosa ya está en mi casa.

JACINTA.- ¿De verdad? ¡Qué noticia tan buena! Ya verás, ahora si que es verdad que no nos vamos a acordar de los hombres. Estando nosotras, ¿para qué queremos hombres? Vamos, Carmela. Hasta luego, Julia. (*Se van y queda JULIA sola*)

JULIA.- Que mal me huele esto, que mal. (*Se va mientras cae el*

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración de antes. Están en escena JULIA, MARINA y CARMELA, haciendo alguna labor. MARINA suspira de vez en cuando.

JULIA.- Niña, tanto suspirar, me estás poniendo de los nervios.

MARINA.- Ay, madre, ¿usted sabe qué día es hoy?

JULIA.- No he mirado el almanaque, no. ¿Qué es? ¿Santa Angustias?

MARINA.- (*Llora*) ¡No se burle encima! Hoy me habría casado con Marcelino.

CARMELA.- Entonces sí que no sé por qué lloras. Muchas mujeres habrían querido estar en tu situación ese día.

MARINA.- ¡Ay, que voy a quedarme para vestir santos!

JULIA.- No, hija, ese puesto no se lo puedes quitar a Carmela hasta que no se retire.

CARMELA.- ¡Qué graciosa me has salido, Julia!

MARINA.- Ya tenía el vestido comprado, blanco inmaculado, y unas sábanas con puntilla para la noche de hoy.

JULIA.- Ay, quita, quita, que la puntilla da muchos problemas. Cuando yo me casé, la noche de bodas, cuando llegamos a la habitación, a mi me daba vergüenza desvestirme delante de él, así que acordamos que nos desvestiríamos sin mirar. Nos pusimos de espaldas uno a otro, y yo me desvestí en menos de un minuto, y me metí en la cama, pero al meterme tan rápido, como la puntilla de las sábanas estaba almidonada, me raspé, y dije: ¡Caray, qué dura! Y contesta tu padre: ¡No vale, que ya has mirado!

CARMELA.- (*Se santigua*) ¡Ave María!

JULIA.- Era un chiste, Carmela, a ver si animo a la niña.

CARMELA.- Pues a ver si contamos chistes más infantiles.

JULIA.- Aquí somos todas adultas. De todos modos, ¿qué narices te pasa a ti? Llevamos aquí casi una hora, y por más tonterías que digo, no se te escapa ni media sonrisa.

CARMELA.- Eres poco graciosa.

JULIA.- Venga, mujer, que se te nota a la legua que te pasa algo.

CARMELA.- Es verdad, Julia. La verdad es que no estoy en lo que celebro.

JULIA.- ¿Es porque no acaban de mandar párroco? No tienes que extrañarte, porque el que ha venido hace una semana lo han recibido Colasa y Matilde a pedradas

y se marchó por piernas. Seguro que no encuentran a nadie que quiera venir, pero al final aparecerá uno.

CARMELA.- ¿El párroco? Poco me importa a mi si hay cura o no.

JULIA.- (*Seria*) Cuidado, que esto ya no es normal en ti. ¿Qué pasa, Carmela?

CARMELA.- En fin, mejor lo cuento, porque si no va me va a reventar dentro. Es por Jacinta.

JULIA.- Marina, entra para casa.

MARINA.- ¿Y eso? ¿No dice que somos todas adultas?

JULIA.- Si, pero esto tengo que hablarlo a solas con Carmela, que me parece que ya sé por donde viene. Ve preparando la cena.

MARINA.- Voy, pero no tengo el cuerpo hoy para cenas. ¡Con lo bonita que iba a estar con la corona de azahar! (*Marcha llorando para casa*)

CARMELA.- Verás, Julia. Ni te lo vas a imaginar.

JULIA.- Jacinta se está portando de una manera rara, ¿verdad?

CARMELA.- Pues sí. ¿Lo has notado tu también?

JULIA.- Sí, a Rosa.

CARMELA.- ¿Se lo ha notado Rosa?

JULIA.- No, no, que seguro que le pasa lo mismo que a Rosa.

CARMELA.- Me extraña. Lo que le pasa a Jacinta es que...

JULIA.- No hace nada en la casa, está todo el día mandando, protesta por todo.

CARMELA.- Oye, ¿estás vigilando lo que pasa en mi casa?

JULIA.- ¿Qué voy a estar vigilando? Lo que pasa es que Rosa hace tres cuartos de lo mismo. Te juro que ni mi marido me trataba tan mal.

CARMELA.- Y lo peor es que cuando he querido hablarlo con ella, echó el grito al cielo diciendo que estaba todo el día trabajando y que...

JULIA.- Y que cuando llegaba a casa, lo menos que esperaba era un plato caliente encima de la mesa y que las cosas estuvieran hechas.

CARMELA.- Eres un poco bruja, ¿verdad?

JULIA.- Eso ya me lo ha dicho a mi Rosa el primer día que vino a mi casa. Y cada día que pasa es peor. De unos días para acá, hasta me manda callar cuando le digo algo. Y ayer, me mandó a paseo.

CARMELA.- ¡Qué suerte tienes!

JULIA.- Sí, una suerte bárbara, no te digo.

CARMELA.- Sí, has tenido mucha suerte, porque si estoy así es porque ayer Jacinta me ha amenazado con darme un sopapo. Ay, hija, que en toda mi vida ningún hombre me puso la mano encima, y me la va a poner una vecina.

JULIA.- Esto lo veía venir. Hay que hacer algo, y pronto, porque si no, esto puede acabar muy mal. Aparte de nosotras hay otras cuatro mujeres en el pueblo que han hecho lo mismo, y como no paremos nosotras esto, al final vamos a estar todas igual. Tenemos que planear un escarmiento bien hecho, para que no vuelva a repetirse. Vamos a dar un paseo hasta la fuente, que así hablaremos más tranquilas, que Rosa está al llegar, y no quiero que nos pille comentando el asunto.

CARMELA.- Vamos, sí. (*Salen hablando, y tras una pequeña pausa entran JACINTA y ROSA, con unas azadas*)

JACINTA.- Como no llueva dentro poco se va a ir la cosecha al garete. Está la tierra más seca que un polvorón de navidad.

ROSA.- Sí lo está, sí. Sé yo que estos guisantes no le iban a llamar la atención a mi marido.

JACINTA.- ¿Qué te parece si vamos hasta la taberna a tomarnos unos chatos? Nos lo hemos ganado, pienso yo.

ROSA.- Calla, calla, ¿a la taberna? Tengo en mi casa vino de verdad, sin química. Nos lo tomamos aquí. Espera, que le voy a mandar a Julia que nos ponga algo para picar con el vino. (*Va a la puerta*) ¡Julia! ¡Julia! ¿Dónde leches se habrá metido esta mujer? ¡Julia!

MARINA.- (*Sale*) Mi madre no está.

ROSA.- ¿Y a dónde ha ido, si puede saberse?

MARINA.- No sé, estaba aquí hablando con Marcela no va ni cinco minutos.

ROSA.- Anda, pártenos un poco de chorizo para que piquemos Jacinta y yo y trae un poco de vino. (*MARINA entra*) Ya lo ves, Jacinta, llegas a casa, y no tienes quién te ponga un poco de chorizo delante. ¡Qué ociosas están! Si cogieran la azada de vez en cuando...

JACINTA.- Ya te digo. Marcela ayer, sin ir más lejos, me puso la cena casi a las nueve, y mira que sabe que yo después de las ocho no quiero cenar, porque tengo ardor, pero nada, hija. Ahora que la he puesto bien. Le he echado un rapapolvo que sé yo que no vuelve a hacerlo.

ROSA.- A estas hay que enderezarlas. Si no, acaban sacando los pies fuera del tiesto.

JACINTA.- Vamos a mi casa a tomar ese vino. *(A la puerta)* ¡Marina! Lleva el chorizo para mi casa, que estaremos allí. Y esta, otra como su madre. Todo el día de Dios con el dichoso novio en la boca. No sabe ese pobre de la que se ha librado. Pasa, pasa. *(Entran las dos en casa de ROSA. Tras una pausa entran SARA y JUANA. SARA como en el acto anterior, de pantalones, pero JUANA viene de punta en blanco y de tacones, uno de ellos roto)*

JUANA.- ¿Nos paramos de una vez?

SARA.- Si llevamos andando nada más que diez minutos. ¡Qué blanda eres!

JUANA.- No me calientes más todavía de lo que estoy, ¿eh? Así que “ponte guapa, que vamos a cubrir un acto oficial, no vayas a desentonar”.

SARA.- Hay que saber aguantar una broma.

JUANA.- Mira: ya me he roto un tacón; tengo el tobillo derecho torcido de andar con tacones por estos caminos; tengo rasgado todo el vestido por culpa de las zarzas...

SARA.- Mira el lado bueno.

JUANA.- Pero, ¿hay un lado bueno?

SARA.- Sí. Hoy no has pisado ninguna boñiga.

JUANA.- ¡Qué alegría! Esta me la vas a pagar. Como que me llamo Juana que me la pagas.

SARA.- Anda, anda. Si no es por mi, este vestido no lo habrías puesto nunca.

JUANA.- Es el de las bodas. ¿Qué llevo yo ahora a la boda de mi prima?

SARA.- Pues yo lo veo muy bien, con esos hilillos colgando por detrás. ¡Igual lo pones de moda!

JUANA.- *(Para sí)* Cálmate, Juana, que si le das con la cámara, vas a tener que comprar otra, y con la que he estropeado va quince días aquí, ya he hecho el mes.

MARINA.- *(Sale de casa con el plato de chorizo)* Ah, hola. ¿Ustedes por aquí otra vez?

SARA.- Sí. Venimos a ver cómo sigue la cosa, para completar el reportaje.

MARINA.- *(A JUANA)* ¡Caray! ¡Vaya vestido tan hermoso! ¿Es la última moda en la capital?

JUANA.- Que acabo zurrando hoy a alguien es un hecho.

SARA.- Sí, lo último de lo último. ¿Qué? ¿Cómo van las cosas por aquí? ¿Sigue sin haber hombres en el pueblo?

MARINA.- De momento, no. Parece que nos vamos arreglando bastante bien. Y menos mal, porque muchos de ellos iban poner el grito en el cielo si la hubieran visto con ese vestido.

JUANA.- ¿Por qué?

MARINA.- Hombre, es un poco descarado. Aquí los hombres no están acostumbrados a que se enseñe tanto. Bueno, no estaban. Si mi padre me llega a ver con un vestido así, me lleva a rastras para casa, y allí me hace comerlo.

SARA.- Entonces es una suerte que no haya hombres, ¿no? Así puedes poner lo que quieras sin que nadie te diga nada.

ROSA.- (*Sale de su casa, un poco enfadada*) ¿Viene ese chorizo o qué? Ah, ¿y estas jóvenes?

MARINA.- Las del periódico, que vienen para seguir el reportaje.

ROSA.- El reportaje... ¡Jacinta, ven para acá! (*A JUANA*) Hija, ¿y tu también vienes a hacer el reportaje?

JUANA.- Sí señora, soy la de las fotos.

ROSA.- Para fotos estás tu, sí. (*Sale JACINTA*) Mira, Jacinta, qué facha.

JACINTA.- Si es que las hay que lo vienen pidiendo a gritos, ¿eh?

SARA.- Pero, ¿de qué hablan?

ROSA.- Si veo a mi Marina de esas pintas, la arrastro para casa, y la hago comer el vestido.

JACINTA.- ¡Qué poca vergüenza!

JUANA.- Tengamos la fiesta en paz, que bastante mosqueada vengo yo ya, para que encima ustedes echen más leña al fuego.

ROSA.- Si fuéramos un poco más decentes... Si estuvieses en mi casa ibas tu a salir de esas pintas. ¡La falda tiene que ir hasta el tobillo! Y tu ahí, enseñándolo todo.

JACINTA.- Di que sí, Rosa. Aunque seguro que las busconas de casa Servanda visten parecido.

JUANA.- Oiga, no les consiento...

SARA.- Déjalas, Juana, déjalas, que sigan, que me parece que de aquí va salir un reportaje que ni la huelga del treinta y cuatro.

ROSA.- Y tu, calla, que estás aproximada.

SARA.- ¿Yo también enseño mucho?

ROSA.- No, lo tuyo es peor, que vas de pantalones, como un hombre. ¡Qué indecencia! ¡Los pantalones en casa los llevan los que tienen que llevarlos!

SARA.- No puedo creer lo que estoy oyendo.

JACINTA.- No sé donde vamos a llegar, Rosa. Estas se nos suben a las barbas en cuatro días. Ya no hay respeto por nada.

ROSA.- ¡Marina, entra en casa! (*MARINA lo hace*) Y vosotras, ya estáis largando de aquí, que no queremos mujeres de vuestra calaña.

JACINTA.- Sí, parad en casa de Servanda a la que vais, a ver si allí os quieren.

JUANA.- ¡Al diablo! Si rompo dos cámaras en un mes no me da más, pero estas la tragan.

SARA.- Déjalo, Juana, y nos vamos, que con esto ya hay bastante. (*Van saliendo*)

ROSA.- ¡Y no vuelvan por aquí!

JUANA.- (*Desde dentro*) ¡La madre que...! ¡Y encima acabo de pisar otra boñiga!

SARA.- (*Desde dentro*) Cálmate, Juana, que te pierdes.

JUANA.- (*Desde dentro*) ¿Más todavía? (*Mutis definitivo*)

ROSA.- No nos queda nada por ver. Ponen pantalones, lo van enseñando todo... Una vergüenza, Jacinta, una vergüenza.

JACINTA.- Y que lo digas. Vamos a tener que comenzar a poner un poco más de mano dura en casa, porque cualquier día las nuestras hacen lo mismo.

ROSA.- ¡No veré yo a las mías así! Entonces si que saco la vara de avellano, y las caliento.

JACINTA.- Vamos tomar ese vino, a ver si nos calmamos.

ROSA.- Y encima esta niña se ha ido con el chorizo.

JACINTA.- Es igual, anda, vamos. (*Entran en casa de ROSA*)

JULIA.- (*Vuelve con MARCELA, COLASA y MATILDE*) Entonces, ¿está claro todo lo que hemos hablado?

MARCELA.- Clarísimo.

COLASA.- Yo también lo tengo claro. Matilde, ¿tu lo has entendido?

MATILDE.- ¿Que si he tendido qué? No hemos lavado la ropa para tender nada, Colasa.

COLASA.- Bueno, aunque mi hermana no se haya enterado de nada, es igual, tampoco se va enterar de lo que hagamos ahora.

JULIA.- Entonces vamos a llamar a Jacinta y a Rosa. (*Pica en su casa*) ¡Marina! (*MARINA sale*) ¿Sabes donde anda Rosa?

MARINA.- Está con Jacinta ahí en su casa.

JULIA.- Mira que bien, las dos juntas. Llámalas que salgan para acá, anda. (*MARINA va a casa de ROSA*)

MARCELA.- Ahora me estoy poniendo nerviosa. A ver si se va armar...

JULIA.- No hay que echarse atrás. ¿Qué quieres? ¿Que te acabe cayendo la torta que te han ofrecido?

MATILDE.- ¿Qué le han ofrecido tarta? ¿Y para las demás no hay? A mi me gusta una barbaridad.

JULIA.- Torta, Matilde, torta.

MATILDE.- ¿Quién es corta? Yo no, ¿verdad? No se me escapa una.

JACINTA.- (*Sale con MARINA y ROSA*) Ah, ¿estáis aquí? ¿Dónde andabais si puede saberse?

JULIA.- Venimos de hablar con Colasa y Matilde, y tenemos un asunto serio que tratar con vosotras.

JACINTA.- ¿Qué pasa, Marcela?

MARCELA.- (*Un poco cohibida*) Esto... Julia se explica mucho mejor.

JULIA.- No es nada, mujer. Verás, es que Colasa y Matilde no pueden las pobres con todo lo que tienen. Son muchas ovejas y mucha casería para atender. Así que Marcela y yo hemos decidido irnos con ellas, para ayudarlas, igual que vosotras nos ayudasteis a nosotras.

ROSA.- Pero no puedes irte, el trato era que tu atendías la casa y yo el huerto.

JACINTA.- Eso, y Marcela lo mismo. ¿Deshacéis una casa para arreglar otra?

JULIA.- No, no, hemos pensado en todo. La verdad es que yo apenas tengo tierras, por lo que casi todo el trabajo de Rosa es en su terreno, y Marcela está más o menos igual, así que hemos pensado que vosotras dos podéis poneros de acuerdo entre vosotras para que una lleve los huertos, y otra la casa.

ROSA.- Pero esas cosas no se pueden decidir así como así, sin contar con nosotras.

JULIA.- Ya está decidido. Voy a mi casa a coger unas cuantas cosas para irme a casa de Colasa. Anda, Marcela, ve si quieres a por lo tuyo. Entrad con nosotras, Colasa.

MATILDE.- ¿Nos van a dar ahora la tarta? Se me está haciendo la boca agua.

JULIA.- Colasa, a veces no sé como la aguantas.

MARCELA.- Voy hasta mi casa. Hasta luego. (*Se va. MARINA, COLASA, MATILDE y JULIA entran en casa de JULIA. ROSA y JACINTA quedan un momento calladas*)

JACINTA.- Pues si que...

ROSA.- Esto ya no es lo que era. Irse así de casa...

JACINTA.- Si llego a hacer yo esto, mi marido me desgracia.

ROSA.- Y a mi.

JACINTA.- ¡Caramba! ¿Por qué te iba a desgraciar mi marido?

ROSA.- Mujer, digo que el mío me desgraciaba a mi, y eso que era muy poca cosa.

JACINTA.- Es igual. Pensarán estas dos que no nos vamos a arreglar tu y yo sin ellas.

Si lo que trabajaban y nada es todo lo mismo.

ROSA.- Ahí te doy la razón. Todo el santo día de Dios en casa sin dar un palo al agua.

Si hubieran tirado un poco más de azada o de rastrillo, iban a saber lo que era bueno.

JACINTA.- Lo van a saber ahora, ya verás. Matilde y Colasa van a darles trabajo en cantidad.

ROSA.- Y aguantar a Matilde.

JACINTA.- Se les ha acabado la buena vida. Ya echarán de menos lo que tenían.

ROSA.- Nosotras a lo nuestro. Nos vamos a venir a mi casa, que la tuya queda cerca de casa de Colasa, y estas son capaces de ir a llamarnos para que les echemos una mano.

JACINTA.- Me parece bien. A tu huerto no le tengo miedo.

ROSA.- No tienes que tenérselo, Jacinta, porque en el huerto voy a seguir yo, que al fin y al cabo, he estado trabajándola.

JACINTA.- Rosa, nos vamos a tu casa, no voy a andar yo por ella cambiándote las cosas de sitio. No, no, el huerto para mi. Ya que vamos a estar en tu casa, el trabajo duro lo hago yo.

ROSA.- Te agradezco el detalle, Jacinta, pero no te apures por eso. Tu en mi casa, como si fuera tuya. Cambias lo que quieras, y haces y deshaces a tu gusto, pero el huerto es cosa mía.

JACINTA.- Si lo hago por ti, mujer. En la casa vas a estar más tranquila, con menos apuro, y así mejoras un poco, que te estás quedando en los huesos.

ROSA.- Que no, Jacinta. Además, lo de adelgazar es porque la comida que hace Julia no acaba de sentarme bien.

JACINTA.- Pues eso, Rosa. Así vuelves a cocinar a tu gusto. Yo hago el sacrificio por ti.

ROSA.- No creo que comer lo que yo cocino sea ningún sacrificio.

JACINTA.- Quiero decir que hago el sacrificio de atender el huerto.

ROSA.- No vamos discutir por estas bobadas. Vamos a mi casa, así que yo decido. Tu, a la cocina, y yo al huerto. Es mi casa, y es lo justo.

JACINTA.- Mira, estoy pensando... La verdad es que mi casa es un poco más soleada que esta, y queda la fuente mucho más cerca. Y del huerto poco tendrás que decir, que la tengo como si fuera un jardín de la capital. Casi me parece que mejor nos vamos a mi casa, ¿vale?

ROSA.- Pero, ¿con Colasa y las demás al lado?

JACINTA.- Con no hacerles caso... Además, para reunirnos a la costura estamos más cerca unas de otras.

ROSA.- No, Jacinta. Es mejor quedarse aquí.

JACINTA.- Pienso que es mejor en mi casa.

ROSA.- Está bien. Nos vamos a tu casa si me ocupo yo del huerto.

JACINTA.- Pues quedamos en esta si la que se ocupa del huerto soy yo.

ROSA.- Mira, ya me estás calentando. O vienes a mi casa a la cocina por las buenas, o por las malas. Tu decides.

JACINTA.- ¿Por las malas? Pensarás que te tengo miedo.

ROSA.- Yo sí que lo tendría que tener de ti, porque si una se encuentra con esa cara por la noche...

JACINTA.- (*Se enzarzan*) ¡Te despellejo!

ROSA.- ¡No te voy a dejar un pelo en la cabeza! (*Se pelean hasta que salen JULIA, COLASA, MATILDE y MARINA de casa y les separan*)

JACINTA.- ¡Dejadme, que la mato!

ROSA.- ¡Bruja, más que bruja!

JULIA.- ¡Haced el favor! Tendría que daros vergüenza, pelearos en medio del camino.

JACINTA.- Es esa que...

ROSA.- Jacinta, que te vuelvo a arrear.

JULIA.- ¡Callad! ¿Podéis explicarme que os pasa?

JACINTA.- Esa estúpida, que quiere que vaya a su casa para atendérsela.

JULIA.- Y te parece mucho trabajo, claro.

ROSA.- ¿Mucho? Si esta casa se atiende en un momentito. Casi no da trabajo.

JULIA.- Ah, entiendo. El problema es que las dos queréis atender la casa, ¿verdad?

JACINTA.- No, no, yo quiero que la atienda ella.

ROSA.- Y a mi no me da la gana.

JULIA.- Pero, ¿no habéis dicho que ese es el trabajo bueno?

JACINTA.- Es bueno para ella.

ROSA.- Y para ti también.

JULIA.- ¡Qué buenas sois las dos! Os sacrificáis una por la otra. ¿Veis como fue buena idea la de que os juntarais?

JACINTA.- La verdad es que yo estaba mejor con Marcela.

ROSA.- Y yo con Julia.

JULIA.- ¡Y yo con mi abuela!

COLASA.- Oye, oye, que yo soy vieja, pero como para ser tu abuela...

JULIA.- Calla, Colasa. (A **JACINTA** y **ROSA**) Si os dejo vais a estar así hasta el día del juicio final, porque ninguna va a reconocer que lo que quiere es ser el hombre de la casa.

JACINTA.- ¿Qué dices?

JULIA.- ¿Qué digo? La verdad es lo que digo. Desde que os habéis metido en mi casa y en casa de Marcela a hacer les labores que habían hecho antes los hombres, no solo habéis tomado el papel de ellos para trabajar, lo habéis tomado para mandar, para gobernar, y para tratarnos mal.

ROSA.- ¿De dónde sacas eso, Julia?

JULIA.- Lo saco de que no dais golpe en la casa, lo saco de que protestáis por todo, lo saco de que mandáis lo que os apetece sin pensar en nosotras, y lo saco de que en una de estas nos vais a levantar la mano.

JACINTA.- Hombre, solo faltaría...

JULIA.- ¿Dices que no? ¿No has amenazado a Marcela ayer con pegarle?

ROSA.- ¡Jacinta! Mujer, eso no se hace. ¿A quién se le ocurre?

JULIA.- ¡A ti! Porque tu no has amenazado aún con la bofetada, pero estás a esto de hacerlo. Valientes mujeres estáis hechas. ¡Qué rápido se os olvidó lo que sois!

JACINTA.- Yo... No voy negar que a veces me haya pasado un poco de la raya, pero...

JULIA.- Pero nada, Jacinta. Aunque en una cosa si os voy a dar la razón: ¿Para qué queremos hombres? Para nada, porque sin ellos estamos como estábamos, aguantando en la casa.

ROSA.- Pues por mi eso no volverá a pasar. Tienes razón, Julia. A partir de ahora las dos en casa, y las dos fuera, y ni tu ni yo mandaremos más una que la otra.

MARINA.- ¿Y yo también?

JULIA.- Para el carro, Marina, que tu aún estás en edad de obedecer. Hasta que no te cases...

MARINA.- ¡Vaya por Dios! ¿Ha tenido que sacar el tema? (*Llora*)

COLASA.- Que yo me aclare. ¿Vais a venir a echarnos una mano con las ovejas o no?

JULIA.- Pero, Colasa, ¿no hemos quedado que hacíamos todo esto para que estas recapacitaran, que era todo comedia?

COLASA.- Caramba, yo pensé que... Matilde, nos toca a nosotras seguir cuidando las ovejas.

MATILDE.- Si, si, ya estoy mucho mejor de las orejas.

COLASA.- Vamos para casa.

MATILDE.- (*Mientras se van yendo*) Oye, a la que vamos, tienes de ir contándome qué ha pasado aquí, porque para mí que estas no querían que me enterase, porque hablaban para el cuello de la camisa. (*Se van*)

JACINTA.- Voy a ir a ver a Marcela, y a hablar del tema con ella. Hasta luego. (*Se va también*)

JULIA.- Y nosotras nos iremos a casa, que a modo de broma, va a ser la hora de cenar y no hay nada preparado.

ROSA.- ¿Que no está la cena? ¿Y a qué esperas? ¿A que se haga sola? (*Enfadada*) Esto lo voy a arreglar ahora mismo.

JULIA.- Pero, Rosa, ¿no acabamos de...?

ROSA.- Voy a cocinarte unas torrijas para cenar que te digo yo que vas a quedar saciada para una temporada. (*Entra en casa con decisión*)

JULIA.- Buf, si no pensé que... Bueno, hija, vamos para casa nosotras también, que ahora sí me parece que vamos a poder decir eso de que “para qué queremos hombres”. (*Entran en casa mientras cae el*

TELÓN